

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Yacabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.

El soldado cristiano.

Si hubiéramos de reñir las temerosas batallas de la vida presente con nuestras fuerzas, de suyo tan flacas y limitadas, seríamos vencidos en todas las luchas; pero Dios, que nos manda luchar nos enseña el arte sublime de esta milicia trabajosa, nos da fuerza para vencer, y ofrece á nuestro valor la corona de los vencedores.

Entre los muchos y poderosos auxilios que recibe de su rey y señor el soldado cristiano para entrar en batalla y coronarse de laureles, figura como principal y eficazísimo el nombre del Santo que recibió en la pila bautismal al ser incorporado en la familia de Cristo por medio del Sacramento del bautismo. Veamos cuál es la significacion y la rea-

lidad sobrenatural de este rito sagrado, y quizá lograremos fijar la atencion de nuestros lectores en un asunto de la mayor importancia, que la mayor parte de los cristianos ó desconocen con lastimosa ignorancia ó le miran con deplorable indiferencia, ó le han relegado voluntariamente al mas profundo olvido.

¿Por qué y para qué se nos ha dado el nombre de un Santo al entrar en la Iglesia por la puerta del bautismo?

Dos son principalmente las razones que tiene la Iglesia nuestra Madre, para imponer á los bautizados los nombres de los Santos que reinan en el cielo: es la primera la necesidad que tenemos de un protector, de un guia, y caudillo tan experto como solícito que nos proteja, defienda y esfuerce en nuestro continuo

batallar con los enemigos de nuestra dicha. Venimos al mundo en calidad de desterrados; pero debemos volver á nuestra pátria que es el cielo; nuestro destino, nuestra vocacion, nuestro fin último es la conquista de ese reino dichosísimo de la gloria que perdimos por nuestra culpa. Mil obstáculos encontramos en nuestro camino; mil enemigos se oponen á nuestro paso; es preciso arrollar aquellos obstáculos y derrotar á nuestros enemigos. ¿Quién nos dará fuerza para vencer, y la corona de la victoria? El Santo de nuestro nombre ha recibido de Dios la mision y el encargo de protegernos. El conoce nuestras necesidades, y cuenta con todo género de auxilios para remediarlas.

Digna es de vituperio la conducta de algunos padres que imponen á sus hijos nombres profanos y tambien es vituperable la costumbre de imponerles el nombre que lleva su padre, ó que llevó su abuelo, prescindiendo del Santo en cuyo dia nacieron ó fueron bautizados. Déjanse guiar de un móvil demasiado carnal y terrene, y esto es muy reprehensible en sentir de San Juan Crisóstomo, que dice: No les demos los nombres de los abuelos ó bisabuelos, sino los de aquellos San-

tos varones que brillaron por sus virtudes en la tierra, y gozan ahora de gran poder en los cielos. *Non avorum et abavorum nomina tribuamus; sed sanctorum vivorum qui virtutibus fulserunt.*

Conviene, pues, que los padres impongan á sus hijos los nombres de aquel Santo en cuya fiesta nacieron, ó son bautizados, y los Párrocos deben persuadir esto mismo que es mas conforme al espíritu de la Iglesia, mas ajustado á la doctrina de los Santos Padres, y mas saludable á los nuevos soldados de Cristo. Tambien debe reprobarse la mala costumbre de mutilar, y corromper los nombres en la pronunciacion, y especialmente el nombre de la Virgen María, pues no hay duda que semejantes corruptelas vienen á ser profanaciones horribles de los sagrados nombres de la Virgen, y de los Santos, cuando sabido es que un cristiano debe pronunciarlos con devocion y reverencia.

Cuenta la Historia que el rey de Francia envió á D. Alfonso II, rey de Castilla, una embajada con la pretension de que le diese una de sus hijas para esposa de su hijo primogénito. D. Alfonso manifestó á los embajadores franceses que de buen grado grado accedia á la peticion de su sobe-

rano. Dijoles que ofrecia al primogénito del rey de Francia la primogénita del rey de Castilla. Suplicaron los embajadores se los concediese la honra de conocer á la prometida y quedaron prendados de su rarahermosura. Preguntaron al rey de Castilla cómo se llamaba, y así que oyeron que su nombre era *Doña Urraca*, llenos de estupor, y escandalizados, dijeron: ¿Ese es el nombre de vuestra primogénita? Por nuestra vida que no la llevaremos á Francia para esposa del príncipe heredero. El rey de Castilla respondió: Sea como decís; pero mi segunda hija, por nombre Blanca, no es tan hermosa ni tan amable como la primogénita. Poco importa, dijeron los legados: el buen nombre suplirá lo que falte de hermosura. Y no se equivocaron: Doña Blanca fué una gran reina, y dió á Francia un gran rey, San Luis, á quien educó con tanta piedad como lo atestiguan la santidad y la gloria que le dieron un trono en los altares de la Religión y otro en los corazones católicos de la nación francesa.

Otra de las razones que explican la imposición de nombres de santos á los niños el día de su bautismo es la invocación, la imitación, y la intercesión, imitarlos, invocarlos, tenerlos propicios en

los trances y apuros de la vida, hé aquí lo que se propone la Iglesia, y lo que conviene á sus hijos. Cada uno de nosotros tiene su espejo, su tipo y su modelo en el Santo cuyo nombre lleva. Su vida es el espejo en que debemos mirarnos, el modelo que debemos imitar, el tipo que debemos copiar en el lienzo de nuestra vida. El nombre de nuestro Santo debe ser un incentivo para el bien, y un preservativo contra el mal, una exhortación continua á la práctica de las virtudes y un freno poderoso contra los vicios. San Jerónimo escribía á una joven extraviada, y mas con lágrimas que con tinta estampó estas elocuentes palabras: ¿Te llamas *Susana*, y vives encenagada en las inmundicias de la carne? ¿Cómo te atreves á manchar con tus torpezas el santo nombre de tan castísima matrona? O deja ese nombre que mentirosamente usurpas, ó ajusta tu vida á lo que ese nombre significa. (1) S. Agustín hablando de los cristianos que deshonoran con sus obras el nombre de Cristo, decía: ¿Qué te aprovecha llamarte lo que no eres? (2) Había un soldado cobarde en el ejército de Alejandro Magno que llevaba este mismo nombre.

(1) Epist. ad Susann.

(2) De vit. Christi. Tom. 5, cap. 1.

Un día le llamó el emperador y le dijo: Desde hoy es preciso que cambies el nombre, ó las costumbres. El emperador Oton tenía un pariente distinguido en las letras y en la música, pero no así en la piedad. Llamábase *Bonifacio*, y era muy querido de Oton á quien acompañaba en sus recreos artísticos y literarios.

Bonifacio salió un día al campo y encontró una vieja y derruida choza donde en otro tiempo vivió el santo mártir cuyo nombre llevaba. Bonifacio, llevado de la curiosidad entró en la choza, examinó cuanto allí había, recordó la vida del mártir, santo de su nombre, su mente se iluminó con súbito resplandor, su corazón se conmovió, y cayendo de hinojos, oró al Señor, diciendo: ¡Oh Dios mío! ¿Cómo imito yo á este santo cuyo nombre llevo? *Bonifacio* significa *hacer buenas obras*, y es el nombre de aquel que habitó esta cueva y practicó tantas virtudes. ¿Y qué hago yo? ¿Dónde están mis buenas obras? Entonces se levantó, y dijo resueltamente: O no me llamaré *Bonifacio* ó lo seré. *Aut Bonifacius non dicar, aut ero.* Y en efecto; desde allí se fué al palacio del Emperador, y renunciando sus cargos y dignidades entró en un Monasterio Camaldulense donde

vivió santamente, y de donde salió para ser Obispo en cuyo cargo brilló por su apostólico celo, y murió heroicamente, derramando su sangre por la religión del Crucificado.

Estudiando la vida del santo cuyo nombre llevamos, imitando sus virtudes, invocando su valimiento y dándole culto frecuente y fervoroso, alcanzaremos las gracias que necesitamos para vencer en nuestros diarios combates; y cuando llegue la hora de abandonar este mundo de trabajos y fatigas, tendremos á nuestro lado como patrono solícito y amoroso al santo de nuestro nombre que nos protegerá contra los asaltos de nuestro enemigo y nos conducirá, á través de tantos peligros, hasta el trono de Dios donde por su intercesión recogeremos los frutos de su infinita misericordia.

Z. M.

— — —

PÁTRIA Y ESTUDIOS
de San Vicente de Paul.

— — —

Hace ya de lo que voy á referir algunos meses: ruegos y lisonjas me encartaron en el estudio, cuyo compendiado programa forman las líneas presentes; el entusiasta espíritu de graves personas enardeció el mío para proseguir empresa delicada y no fácil; y la colaboración de muchas, cuyos nombres men-

cionaremos en su día con el elogio que justamente merecen por su erudición, por sus indicaciones y por las pesquisas según nuestros deseos practicadas, al obligarnos á gratitud inmensa, exigieron la publicación de todos los elementos que constituyen, sobre el asunto indicado á la cabeza de este artículo, lo que podemos llamar tradición española.

Tras las afanosas investigaciones y consultas de este ni corto ni desaprovechado tiempo, la magnitud y la importancia de las mismas aumentan hasta el punto de hacer imposible un juicio sazonado, en los momentos presentes; y nos imponen, como deber de patriotismo y de culto á la verdad histórica, el pedir públicamente su concurso á todos los eruditos, á todos cuantos por su edad ó por sus aficiones posean folletos, relatos, ó simples anécdotas pertinentes al objeto de esta indagación, digna de los espíritus generosos.

Que si humildemente nos confesamos sin autoridad alguna para este llamamiento la tiene tan grande la historia patria, á la cual tantos desagrazos debemos, que no parece temerario esperar el auxilio que la cuestión merece, y del cual, tratada por nuestra ruda minerva y tanto necesita.

Antiguas y novísimas obras sobre la vida del heroicamente humilde y heroicamente caritativo Vicente de Paul, santo de raza y de alientos no menos españoles que los de que en la misma centuria, y no mucho antes, mostráran Ignacio de Loyola y José de Calasanz al crear sus institutos, gloria de la fé, de la piedad y de las buenas letras, presentan á

los ojos de las personas menos versadas en achaques literarios síntomas bien sospechosos para la verdad, por las lagunas de ciertas narraciones, y por la ligereza de algunos comentarios. Y mas que la posesión sea digna de respeto, la crítica tiene derechos inviolables; y con los vuelos que en nuestros días tomaron el espíritu de la historia y el espíritu de la biografía casan mal procedimientos muy parecidos á los de la *conspiración del silencio*, tratándose de afirmaciones tan contradictorias como las que respecto de San Vicente de Paul mantienen franceses y españoles. A descifrar el enigma de ese silencio sobre las relaciones de Vicente de Paul con España y sobre sus estudios en la Universidad de Zaragoza, silencio que algunos creen calculado, y en el cual se imitan, como en sus reflexiones sobre el mismo asunto se copian unos á otros casi todos los biógrafos franceses, antiguos y modernos, se encamina nuestro estudio; pues ingenuamente confesamos, en descargo de nuestra conciencia, para lo que ahora pondremos, y para lo que pronto se ha de imprimir, que todo nos inspira menos el pensamiento de vanidades de crítico y de originalidad, casi imposible según el dictámen de prudentes eruditos.

Pero así aparecen los hechos, y no es cosa de desfigurarlos: las biografías y monumentales historias dedicadas por los patrióticos entusiasmos de Francia al hombre prodigioso en cuyo espíritu podríamos decir que encarnó Dios, al ver como vivió en él la caridad divina, —y *Deus charitas est*,—afirman categóricamente sin mencionar ni aun para re-

futarlo el parecer opuesto, que Vicente de Paul nació en la parroquia de Poy, Diócesis de Aegs, «Vers les Pirinées» (Francia), el día 24 de Abril de 1576.

Y una tradición mantenida con elocuente constancia aunque con negligencia é incuria genuinamente españolas, sostiene que Vicente de Paul nació por los años de 1576, en Tamarite de Litera, actual provincia de Huesca, del histórico reino de Aragón, en España.

Esto en cuanto al lugar del nacimiento, cuanto a los estudios de Vicente de Paul no se diferencian menos las noticias, mientras afirman unos que estudió en Zaragoza la Teología, y que en Zaragoza recibió el grado de Bachiller en la Sagrada Facultad, los biógrafos franceses refieren solo que estudió en la Universidad de Zaragoza, pero tan poco tiempo, y habiendo abandonado Paul con tanto disgusto y por tales motivos nuestra aunque naciente ya gloriosa y celebrada Universidad, que mas parece se consigna el hecho para mortificación que para honra de la Escuela cesaraugustana.

Tamaño oposicion entre términos tan concretos, sobre persona y hechos de una edad no tan distante de la nuestra, que permita acogerse al socorrido expediente de «la noche de los tiempos,» para atenuar la magnitud de tan contrarias aseeriones, bien merece un exámen de todos los datos y todos los indicios que ilustren y expliquen este peregrino enigma biográfico.

Para descifrarlo no basta consultar las historias impresas, pues su cotejo sobre ciertos puntos mas aumenta que resuelve las dudas. Yo conozco libros anunciados

como reimpression de antigua obra, y he advertido con amargura que en la nueva edicion fué eliminado todo cuanto la primera contenia respecto de España, aborígenes y estudios de Vicente de Paul; apliquemos la caridad del Santo al nombre de los fautores de tan incalificable mutilacion, y ni digamos cual era su patria ni cual su instituto religioso. Yo he visto omitir con silencio sin duda calculado, y contra las mismas costumbres literarias de la época, toda indicacion sobre antecedentes genealógicos; como si se temiera descubrir que sangre española circulaba por el generoso corazon del gran apóstol. Respirando ambiente tan necesitado de purificación; sin documentos fehacientes cuya publicacion conozcamos; sin medio ni facultad para penetrar en ciertos archivos, donde hasta hoy han sido miradas con suspicaz preocupacion estas pesquisas; dispersas por el tiempo y las rapañas las hojas del libro de la tradicion española; distantes, y muchas veces ignoradas aun la existencia de las eruditas personas, que guardan los elementos de aquella respecto de la patria de San Vicente de Paul, con verdadera filial veneracion; y tropezando en el exámen de protocolos y papeles una veces con pérdidas irreparables, otras con anécdotas inciertas, algunas con impresos cogidos en flagrante delito de parcialidad; el testimonio de la multitud de individuos á los cuales ha sido necesario oír y consultar, las respuestas dadas al considerable número de cartas que hemos tenido que escribir, y el exámen y careó, por decirlo así, de los datos é in-

formación oral recogidos en el viaje con este objeto realizado, exigen suma prudencia para demostrar lo que nos proponemos sin especie alguna de jactancia.

En medio de las dificultades y aun desfallecimientos que en algún instante hemos sentido ó por la no aparición de los documentos buscados, ó por la insuficiencia de los conseguidos, no han faltado gratisimas sorpresas que han venido á compensar todo nuestro trabajo con verdaderos *hallazgos* de papeles y de personas tan realmente *inesperados*, que la minerva pagana los llamaría casuales, y el Positivismo los explicaría (?) por no se cual equivalente mecánico de su formulario determinista.

Y no obstante la tenaz atención dedicada al asunto, y la cooperación generosa, prudente, laudabilísima de gran número de personas todavía falta, según el plan que nos hemos trazado, despegar alguna incógnita muy importante para el método de racionales inducciones; único procedimiento posible en el estudio y resolución del presente problema, con arreglo á nuestro pobre pero leal saber y entender. Apenas comenzadas ciertas investigaciones en países extranjeros y en revuelto archivo de nuestra nación, é ignorando por consiguiente si encontraremos lo que se busca, y en caso afirmativo cual será el alcance y fuerza probatoria de lo que aparezca, no es prudente anticipar opiniones, ni escribir por referencias, aun siendo muy fidedignas, lo que tal vez resulte confirmado por hechos de realidad intachable.

Tal es la naturaleza del asunto, tal el poderoso motivo de la súplica que hemos

al principio expuesto, y las justas razones que nos obligan á diferir por algún tiempo más el resultado de los estudios practicados con no infeliz fortuna sobre tan curioso problema. Hemos escrito estudios de un problema; pero como el estudiar un problema no implica la seguridad de resolverlo, valgan estas líneas como simple replanteo del mismo como cuestionario propuesto á la curiosidad de los eruditos, y como enumeración de los términos, que lo integran; términos de cuyo particular exámen pende la solución total del que hemos llamado problema biográfico.

Los de la naturaleza histórica del presente tienen también su *Psicología*, digámoslo así; y este factor personal no puede ser desatendido: que por algo la que se llama parte interna de la Literatura y de la Historia descubre en tantas ocasiones los orígenes de una afirmación, el secreto de que ésta haya prosperado, y el pensamiento genuino de la cuestión disputada.

Además, en la que ahora nos ocupamos son tantos y se hallan tan dispersados por las injurias del tiempo y de los hombres los elementos á los cuales lógica y forzosamente hay que pedir la prueba, que la reducción de todos estos elementos y de todos aquellos términos á programa severamente formulado, se nos impone como el método exacto que debemos seguir para que la verdad resulte demostrada, cuanto sea posible, dañe á quien dañe: formulemos, en consecuencia, dicho programa.

(Concluirá).

ANTONIO HERNANDEZ Y FAJARNÉS.

PENSAMIENTOS.

Me parece, Padre mío, que en este divinísimo Corazón de nuestro dulcísimo amor, Jesús resplandece su amor sobre todas las otras sus divinas perfecciones, como el sol hacia nosotros sobre todos los otros astros. Esto es lo que me enseña mi amor Jesús, esto es lo que dice este Corazón hermoso por esencia. «Yo quisiera pelear en todas mis batallas; yo quisiera triunfar en todas mis conquistas por amor: que mi amor venza, que mi amor reine, que mi amor goce en pacífica posesión los humanos corazones; no tanto quiere pelear mi amor, no tanto vencer mi amor, cuanto ganar los corazones por amor, rendirlos con amor y poseerlos en amor.» Esto es lo que dice, Padre mío, nuestro amor Jesús.—(P. Agustín Cardaveras; Carta al Provincial, 1732.)

A causa del amor que tenía á los hombres mi divino Hijo, quiso ser herido, no solo en los piés y las manos, sino también en el corazón, que es el trono del amor, para que entrando por esta puerta, los hombres pudiesen gustar el amor en su fuente, participar de sus dulzuras, y hallar lugar de refugio y de descanso.—(La Virgen Santísima á la Venerable María de Agreda.)

«Y el que lo vió, dió testimonio, y verdadero es el testimonio de él» (1). San Juan hace esta reflexión á propósito del ultraje (por la lanza del soldado), y no acerca de un prodigio ex-

(1) San Juan xix, 35.

traordinario cualquiera, para llamar más la atención. Al expresarse de esta manera, predice los misterios que lo porvenir había de descubrir, y detiene sus miradas en el tesoro inagotable que dichos misterios encierra.—(San Juan Crisóstomo.)

Quiso Cristo ser herido en aquella parte de su cuerpo de donde manifestase su corazón á los hombres, para que entendiesen que tenían abierta la puerta por donde pudiesen entrar al corazón de Cristo y descansar en él.—(P. Suarez.)

Todos los escritos de San Juan Evangelista tienden únicamente á explicar el corazón de Jesús. En este corazón se halla el resumen de todos los misterios del Cristianismo: misterios de caridad, cuyo manantial es el corazón; corazón, por decirlo así, repetido por; todas las palpitaciones, todos los latidos de este corazón los produce la caridad.—(Bossuet.)

Colección

DE

Sermones, homilias y panegíricos,

obra original

escrita

POR EL DR. D. ZACARÍAS METOLA Y CUENDE, CANÓNIGO LECTORAL DE LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE BURGOS.

Cuatro tomos: en rústica 13 pesetas, en pasta 16.

Los pedidos al autor, añadiendo una peseta 50 céntimos para franqueo y certificado.

También se remiten por 14 misas. Los pedidos al autor.

Imp. CATÓLICA Huerto del Rey, 13.